
Matutina para Jóvenes, Martes 13 de Julio de 2021

Descripción



[Escuchar Matutina](#)

Sublime gracia – II

“Señor, tú has hecho todas estas grandes maravillas, por amor a tu siervo y según tu

voluntad, y las has dado a conocer” (1 Crón. 17:19, NVI).

Una tarde de otoño, con unos amigos llegamos por un camino de tierra a un orfanato. Con pasos vacilantes, cruzamos el portón de entrada a ese antiguo monasterio semiabandonado.

Nos encontramos con una fila de adolescentes con necesidades de niños y dolor de adultos que nos saludaron casi sin mirar. Tanta gente llega y siempre se va...

Entramos a un salón enorme, sin más contenido que una mesa de ping-pong y una de metegol. Sin sillas, sin adornos, con eco, con vacío. Un techo altísimo. Un piso limpiísimo. Un pasillo largo, y al final un gimnasio. Con una pelota se arregló todo, y 24 desconocidos se hicieron amigos.

En el patio abierto había árboles. Daniel, uno de los chicos que ya conocía, se paró al lado de un tronco frondoso y acarició las hojas de las ramas con tranquilidad.

“Caro, me falta verde, naranja, negro y blanco”, me dijo, recordándome los colores que le tenía que llevar para que pintara en acrílico. Dani tenía una historia muy triste, pero era un ejemplo de resiliencia y restauración. A pesar de su pasado tormentoso, transmitía paz y dedicaba muchas de sus tardes a pintar.

Momentos después, todos llegaron del gimnasio y, como si no hubiera lugar en el enorme salón, se amontonaron alrededor de dos niños que habían venido con nosotros y que no encajaban con esa realidad. De repente, reinó el silencio y solo se escuchó el sonido de la expectativa ante algo nuevo.

La niña, con poco más de un metro de estatura, sacó su violín. Su hermano se arrodilló e hizo de atril.

Existen cientos de versiones del himno que comenzó a ejecutar. Coros profesionales, cuartetos, dúos, solos, agrupaciones instrumentales... pero nadie como ella.

Tocó imperfectamente, pero sin vergüenza ni miedo. Tocó porque ama, porque es amada. Las miradas antes distantes, esquivas y frías –como mecanismo de defensa, quizás– se ablandaron y enternecieron. Entendimos que realmente la sublime gracia divina nos encuentra cuando estamos perdidos y nos hace ver cuando somos ciegos.

Hay mucho que puedes hacer para contribuir en algún orfanato. Piensa en esto y transfórmalo en acción.

¿Y si hoy haces una oración como la que hizo David? ¿Y si le pides a Dios que te dé los “colores” que te faltan?